

# LAS MIL CARAS DEL PODER

---

Magda Ruggeri Marchetti

ENRÍQUEZ, Salvador. *La cuchara*. CREMADES, Antonio. *La excepción y la regla o El jugador*. Jaen: Ed. El Olivo-Ayuntamiento de Torreperogil, 2000.

Dos obras bajo un mismo signo: las mil caras del poder. En la primera se efectúa una disección antropológica de este humano fenómeno y se presenta la gestación de las relaciones de dominio «desde cero» en una célula social elemental de dos individuos aislados y presuntamente no condicionados por ninguna herencia cultural, mientras que en la segunda se analizan las refinadas técnicas psicológicas del sometimiento en las relaciones laborales modernas.

A la numerosa y variada producción dramática de Salvador Enríquez Muñoz, del cual se han estrenado sólo algunas obras, hay que añadir sus textos narrativos y sus colaboraciones en numerosas revistas españolas y extranjeras. Su generosa dedicación al mundo teatral alcanza especial mérito en la creación y mantenimiento de la atractiva revista informática: *Noticias Teatrales* que, aún centrada en la cartelera madrileña, es rica de muchas otras noticias y artículos de crítica.

*La cuchara*, que le ha valido el primer premio del II Certamen Literario de Textos Teatrales de Torreperogil (Jaén), es una parábola sobre la naturaleza y estructura del poder en sus múltiples facetas, como el control tecnológico representado por una cuchara. Se trata de un análisis que, en el breve espacio de una obra corta, logra sintetizar un estudio sorprendentemente exhaustivo de las relaciones de dominio, que se instauran ya en la sociedad más elemental posible, la constituida por dos seres humanos aislados. La intención de clasificar a los dos personajes es explícita desde el comienzo al llamarlos «Gran Hombre» y «Pobre Hombre». No hay otro signo que los distinga porque ambos están «casi desnudos [...] en un lugar remoto de un mundo desolado». Sólo la presencia de «dos columnas truncadas» sugiere que estamos ante los únicos supervivientes humanos de un cataclismo, al que se aludirá explícitamente más adelante, abocados a reinventar el concepto de sociedad.

La situación evoca la del conocido film *El planeta de los simios*, sólo que aquí no hay una inversión de papeles, sino la desesperante repetición de los mismos viejos esquemas de dominio. Quizá por ello la acotación que acompaña al diálogo es muy precisa desde el principio: la que describe la personalidad del Gran Hombre recorre el campo semántico de la fuerza, del mando («orgulloso, rabioso, malhumorado, enérgico, irónico, con desprecio, nervioso, sarcástico, insinuante, etc.»), mientras que el del Pobre Hombre pertenece al de la sumisión («tímidamente, humildemente, pensativo, tembloroso, cauteloso, suplicante, etc.»)

No se afronta el origen de la voluntad de dominio del hombre sobre sus congéneres, principio

maligno sobrehumano o instinto programado en los genes, sólo se da por sentada su existencia y se analizan sus múltiples facetas. El barro que amasan los dos es el mismo, pero el Gran Hombre marca inmediatamente las distancias proclamando que con el suyo ha llegado a hacer una obra de arte y, fingiendo comparar los dos muñecos que han modelado, se posesiona de ambos. Emerge aquí la imposición de una escala de valores, estéticos incluidos, de la que deriva una jerarquía psicológica que se plasma inmediatamente en la material del derecho a la propiedad, aunque ésta se plantea también como cuestión de principio (Gran Hombre: Considero que [todo] es mío. Simplemente por eso»). Siguen después otros signos de poder: el «trono dorado», lo que se coloca sobre su cuerpo desnudo: «un pecherín, una pajarita y un sombrero de copa», y sobre todo «una enorme cuchara». Esta última es la que simbolizará la diferencia más profunda, la que distinguirá a los estamentos: la posesión de los medios de producción.

Una función básica de la estructura social es la asignación de los trabajos más penosos que conlleva la existencia. La tecnología es lo único que permite aliviar esta carga que aquí consiste en la posesión de la cuchara y en la administración de su uso. Pero no se trata sólo de la propiedad en abstracto, del control de los instrumentos de producción que permite una vida más confortable que la de los demás, sino de la fruición del poder en sí mismo: «Gran Hombre: Alguien ha de ser el más fuerte, alguien tiene que repartir [...] distribuir los bienes y los males». Y con esta convicción decide que será él quien dé las órdenes, quien descansa mientras el otro trabaja para él. Está implícito el pensamiento del darwinismo social, del destino del más apto, de que no se trata de gozar todos de un mayor bienestar sino de tener más, de estar mejor que el prójimo. El Autor escoge la forma del final feliz, el castigo del Gran Hombre con un infarto, para representar la cara negativa que el poder representa a quien lo ejerce, aún buscando sólo sus beneficios: el desgaste, la tensión por conquistarlo, conservarlo y aumentarlo y la erosión de la calidad de vida auténtica que esto conlleva.

Antonio Cremades Cascales, ganador del segundo premio de este certamen con *La excepción y la regla* o *El jugador* es un autor, nacido en 1960, que ha recibido otros importantes galardones. El título remeda el de la famosa obra de Bertolt Brecht, sin duda un obsequio al gran dramaturgo y una promesa de compromiso. Se trata, en efecto, de una dura crítica de la frecuente situación del hombre contemporáneo en el ambiente de trabajo dependiente, donde se le utiliza como a un objeto explotando sin piedad sus necesidades, expectativas y debilidades.

La obra está estructurada en seis cuadros y un epílogo. El lugar donde se desarrolla es una pista de tenis donde no tiene presencia física el contrincante, destinado inexorablemente a vencer. El paralelismo entre los lances de una competición deportiva y los de la lucha por la vida no es nuevo en el teatro, pero una fusión tan conseguida no es frecuente, y menos aún llevada al código cinésico en la escena. Ayuda ciertamente a ello la peculiaridad del tenis de ser el deporte de relajación por excelencia entre vips y ejecutivos, que sin duda cumple, además de las funciones de galateo empresarial, también las de tanteo y exploración psicológicas del rival en los negocios. Pero el verdadero adversario del Jugador es Don Ernesto, su jefe, que quiere involucrarle como firmante de oscuras operaciones financieras, a lo que no puede substraerse porque está «en período de pruebas». Es una variante legal del eterno chantaje que sufren frecuentemente los trabajadores temporales, y más cruelmente aún los clandestinos.

El protagonista se ve sometido a las presiones de su esposa, a quien intenta explicar que su

sumisión es debida a la precariedad de su situación laboral, donde ha «de andar con pies de plomo» porque le «miran con lupa». Él tiene siempre que obedecer, bajar la cabeza, porque le crean expectativas prometiéndole un puesto de subdirector. La mujer, que observa cómo se le explota y utiliza comprometiéndole en la firma de transacciones no claras, le considera un pelele, una persona que se expone innecesariamente sin pensar que al final será el único implicado. También el Amigo, ya traicionado y despedido por el Jefe, le subraya que Don Ernesto ya los «embaucó a los dos». El protagonista se debate entre la rebelión ante una situación terriblemente injusta, que está alcanzando extremos insostenibles, y la necesidad de aceptar sumisamente la situación para conservar el puesto de trabajo, algo de importancia vital para un empleado ya no joven y con familia.

En el cuadro cinco la situación parece cambiar: El grado de sadismo y humillación, adulación paternalista y amenaza, con que el jefe juega con sus necesidades y expectativas, supera en un cierto momento la capacidad de aguante de su víctima. La dignidad herida más allá de cierto límite se rebela sin importar las consecuencias, el Jugador no está dispuesto a continuar el partido y «lanza la raqueta al suelo» diciendo a su jefe «todo en esta vida tiene un límite». En efecto, el Jugador se ha dado cuenta de que, aunque haya obtenido «la tan ansiada Subdirección [...] aquel puesto sólo trajo consigo un nuevo catálogo de obligaciones». Pero otra vez se encuentra sometido a las presiones de su mujer y de su jefe, esta vez los dos de acuerdo en incitarle a que no renuncie a la situación alcanzada.

La mujer, después de todo, no parece un personaje mucho mejor que el jefe. Si en la primera parte tienen intereses opuestos respecto del riesgo que el Jugador asume firmando transacciones peligrosas, en la segunda ambos convergen en empujarle a aceptar su promoción a Subdirector y para ambos se trata siempre y sólo de la utilización de una persona. Pero el protagonista, consciente de todo ello, parece verdaderamente decidido: «¡Alfonso Gómez ha dicho basta!» La intervención y la acotación inducen al público a creer que es el final de la obra y a aplaudir. Pero no es así y en el epílogo el Jugador «continúa apoyado a la red con ambas manos». Es el código icónico el que hace comprender al espectador que algo ha cambiado: «en su rostro [...] advertiremos un cambio, una ligera contracción de los músculos de la boca: una extraña mueca». Y en efecto el Jugador, que, tras muchos sets de total dominio, ha regalado la victoria a su oponente, se excusa por lo que ha dicho anteriormente e invita a cenar a su contrincante porque «quien pierde paga» y con estas palabras termina la función.